

Espacio Laical ha querido celebrar el XV aniversario de la Carta Pastoral *El amor todo lo espera*, hecha pública el 8 de septiembre de 1993, con un panel dedicado al tema de la relación entre la Iglesia y la sociedad en Cuba. Para hacerlo, han respondido a las preguntas de la redacción los laicos católicos habaneros doctor Gustavo Andújar Robles, vicepresidente de SIGNIS mundial (la asociación católica internacional para la comunicación), el licenciado y profesor Alexis Pestano Fernández, miembro del Consejo Editorial de *Espacio Laical*, y el licenciado Lenier González Mederos, viceeditor de esta revista. A continuación ofrecemos, en ese mismo orden, sus respuestas.

1- ¿Cuál ha sido el papel desempeñado por la Iglesia Católica en Cuba a lo largo del siglo XIX y las seis primeras décadas del XX?

Gustavo Andújar: Esa pregunta parece un tema que requeriría varios simposios y congresos científicos y unas cuantas obras enciclopédicas para que pudiera considerarse dignamente abordado. Por cierto, no creo que sería yo ponente en ninguno de esos eventos, ni mucho menos autor de ninguna de esas obras. Lo que puedo hacer, y haré, es explicar lo más sucintamente que pueda cómo veo yo la actuación de la Iglesia en Cuba durante ese largo período.

La Iglesia Católica tuvo un papel protagónico en el nacimiento de la identidad nacional cubana durante la primera mitad del XIX, a través de hombres como el obispo Espada, el padre José Agustín Caballero, y sobre todo el padre Félix Varela, quienes contribuyeron a que en las aulas del Seminario San Carlos se formara la primera generación de pensadores cubanos. No podría dejar de mencionarse también la ingente labor asistencial y educativa desempeñada por la Iglesia durante todo ese período.

La segunda mitad del XIX marca una situación diferente en cuanto al posicionamiento del clero católico, y

en particular de la jerarquía, ante el creciente sentimiento independentista. Debido a la independencia de sus colonias en Sudamérica, y en particular ante experiencias como la de Varela y otros sacerdotes criollos en la América española que se enfrentaron al poder colonial, la metrópoli aprovechó el Patronato Regio para nombrar sistemáticamente Obispos políticamente comprometidos con la corona. El clero en la Isla pasó pronto a ser mayoritariamente peninsular y anti independentista.

La Iglesia Católica en Cuba llegó así al siglo XX, y al nacimiento de la República, con una imagen anti independentista y pro española, que la mantuvo en general al margen de la vida nacional durante casi las tres primeras décadas del siglo. Los restos del padre Félix Varela, a quien Martí llamó con veneración "el santo cubano", fueron traídos a Cuba en 1911, no por la Iglesia, sino por los profesores de la Universidad de La Habana, para descansar no en la Catedral de La Habana, donde deberían estar, sino en el Aula Magna de la Universidad.

Un nuevo giro ocurrió con el surgimiento de la Acción Católica Cubana a partir de finales de la década de los veinte, y los sucesivos nombramientos de una serie de Obispos de un calibre humano y pastoral excepcional, como Manuel Arteaga (quien sería el primer cardenal cubano), Enrique Pérez Serantes, Alberto Martín Villaverde, Valentín Zubizarreta y otros, que marcaron una etapa de apenas treinta años durante los cuales la Iglesia, apoyándose en la labor ejemplar de un laicado más que notable, logró un prodigioso florecimiento y alcanzó a tener una presencia activa y constructiva en todos los ámbitos de la vida nacional.

Desde 1959 han pasado ya casi 50 años, demasiados para que pueda considerarse ese período como una única etapa, pero en aras de la brevedad trataré de atenerme a las grandes tendencias que se han manifestado durante ese medio siglo. De la acogida gozosa a la revolución triunfante, la Iglesia pasó a la crítica de la creciente influencia comunista en el gobierno, debido a temores suscitados por la traumática experiencia de la guerra civil española y la conocida marginación de los creyentes en los regímenes comunistas europeos. Fue el inicio de un largo desencuentro que, si bien se ha visto bastante atenuado en tiempos recientes, nunca se ha resuelto del todo.

La Revolución triunfó tres años antes de que comenzara el Concilio Vaticano II. Al inicio de la etapa revolucionaria, los católicos cubanos partían de una vivencia eclesial preconiliar, y por lo mismo no tan rica en el espíritu de diálogo y apertura que trajo el Concilio. En los escritos de la época se nota una cierta confusión de planos entre lo propiamente eclesial y las circunstancias en las que la Iglesia debe desarrollar su labor. La Revolución, por otra parte, terminó por promover, durante más de 30 años, un ateísmo similar al que la Iglesia denunciaba, y ha tendido consistentemente a mirar a la Iglesia desde una perspectiva política, extraña a la misión de ésta.

Alexis Pestano: Determinar el papel desempeñado por la Iglesia Católica en Cuba en este extenso período resulta hartamente complejo, por la amplia variedad de áreas en las cuales se expresó su acción. Sin embargo, esta diversidad puede sintetizarse en tres aspectos principales: el lugar de la Iglesia Católica en el universo religioso cubano, la labor de asistencia social promovida por la institución eclesiástica y la relación entre la Iglesia y la identidad nacional.

El primero de estos aspectos es el más visible. Durante el siglo XIX la Iglesia Católica fue, en términos generales, la única institución religiosa oficialmente aceptada, en virtud de su particular asociación con el Estado colonial español. Dependiente de ella en cierta medida y en los márgenes, se encontraba una variada gama de expresiones de religiosidad popular

con diferentes componentes: los derivados propiamente de la fe católica, los incorporados de las religiones africanas llegadas a Cuba con la esclavitud y los provenientes de las supersticiones hispánicas o europeas. Por otra parte, el inicio de la vida republicana



Doctor Gustavo Andújar

na e independiente en el país, al comenzar el siglo XX, aportó un elemento nuevo al conjunto con la introducción de comunidades eclesiales del cristianismo protestante y el fortalecimiento de las ya existentes (hasta el momento sólo toleradas), ambos fenómenos amparados en la flameante laicidad del Estado cubano. No obstante, en términos de alcance social la Iglesia Católica mantuvo una posición predominante. De tal forma, tanto en el siglo XIX como en el siglo XX, donde se incluyen las seis décadas sobre las cuales se pregunta, el catolicismo ha constituido el núcleo rector de la religiosidad en el seno de la sociedad cubana.

Queda también bastante claro el impacto social de la Iglesia en el período si se considera la obra asistencial de la institución. Tanto en la educación como en la salud, la participación católica fue significativa. La vasta red de centros dedicados a tales servicios y a diferentes niveles, son prueba de ello.

Sin embargo, es en el vínculo entre la Iglesia Católica y la consolidación de la identidad nacional cubana donde el análisis se torna más complejo. La Iglesia, que había compartido el desarrollo de la sociedad criolla en su gestación y consolidación en los primeros siglos del dominio colonial en Cuba, y que había acogido los primeros proyectos de cubanía -manifestaciones iniciales de una nacionalidad propia- de la generación asociada al Real y Conciliar Seminario de San Carlos y San Ambrosio,



Licenciado Alexis Pestano

sufrió a mediados del siglo XIX una brusca separación de este natural proceso cuando la contradicción entre la sociedad criolla en su avance identitario y el liberalismo español colonialista se hizo insoluble. Como consecuencias de esto, el Estado peninsular, haciendo uso de las prerrogativas del Real Patronato (acuerdo entre el Estado español y la Santa Sede que confería autoridad a los reyes de España sobre la Iglesia en sus territorios), logró distanciar a la Iglesia de la construcción directa de una identidad política independiente cubana.

La Iglesia decimonónica, como institución, no participó en ningún momento en la gestión de la independencia política en Cuba. La generación del Seminario habanero, con la probable excepción de la etapa posterior de la vida y obra del Siervo de Dios padre Félix Varela, soñaba una Cuba ilustrada y próspera, con una identidad propia, en el marco general de la Hispanidad, no se proponía la independencia formal de Cuba, sino la reforma de la relación entre ésta y España. La gestación y difusión del ideal independentista en Cuba se debió a la labor de las sociedades secretas de la masonería irregular del Gran Oriente de Cuba y las Antillas, encabezado por Vicente Antonio de Castro. Fueron estas logias el vehículo de consolidación de un

discurso político sobre la independencia nacional, sustentado en los principios liberales derivados de la Revolución Francesa de 1789 (ampliamente condenados por el Magisterio de la Iglesia del momento).

Esto explica que la República instituida en 1902 naciera distanciada de una Iglesia institucional que no sin razón era considerada un baluarte del colonialismo español. Comenzó así para la Iglesia un difícil y complejo proceso de reinserción en una sociedad de cuya aspiración política se había distanciado, frente a un Estado celoso de su laicidad. A partir de esta fecha, tendría lugar un lento reajuste y reestructuración eclesial de acuerdo a las nuevas circunstancias. La recuperación de los espacios de influencia perdidos se encauzaría en tres dimensiones principales: la relación entre la Iglesia y el nuevo Estado republicano, la relación Iglesia-pueblo y la superación de las asperezas con la intelectualidad cubana.

Por último, a finales de la década de 1950, este proceso había dado importantes resultados. La Iglesia Católica había logrado establecer estrechos vínculos con la sociedad cubana, así como había recuperado gran parte de los espacios de influencia que el inicio del período republicano había afectado. Una Iglesia que gozaba de instituciones sólidas y con un gran protagonismo social es la que entra en confrontación con las nuevas dinámicas políticas desarrolladas a partir de 1959.

Lenier González: La Iglesia Católica, desde los inicios de la conquista y colonización de Cuba hasta nuestros días, ha tenido una presencia plurisecular en nuestro país. Como bien nos recuerda monseñor Carlos Manuel de Céspedes, ella ha estado presente en toda nuestra geografía nacional desde los inicios mismos de la conquista, con una fuerte incidencia en el aporte de valores y referentes cosmovisivos a nuestra cultura nacional.

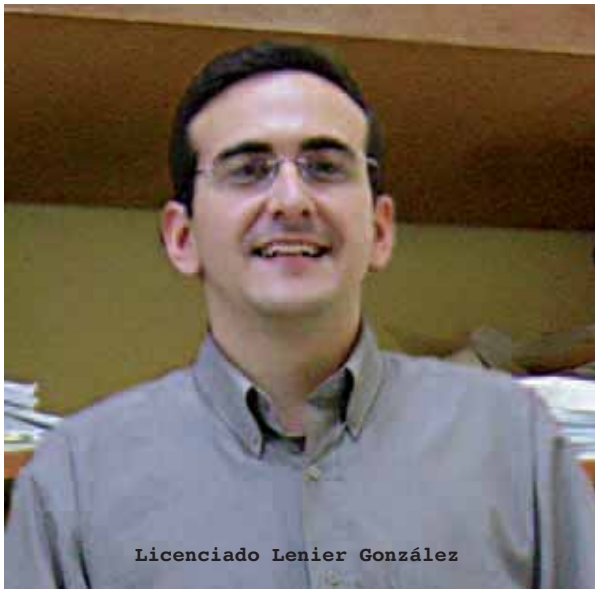
En el momento actual, las valoraciones sobre la incidencia y aportes de la Iglesia Católica a nuestra cultura y al proceso de formación de nuestra nacionalidad se encuentran en pleno proceso de despliegue y profundización.

La desaparición del referente marxista-leninista como corpus ordenador de toda la vida nacional propició, durante la década de los 90 del pasado siglo, una renovación en los estudios historiográficos en Cuba. Es así como se inicia una de las más maravillosas aventuras académicas de los últimos años: la

**Los Obispos no
estaban más que
cumpliendo con
su deber de
pastores en un
momento de
confusión,
desorientación
y, sobre todo,
desesperanza.**

introspección en el siglo XIX cubano. La incursión en áreas de estudio no exploradas hasta ese entonces y la incorporación de un instrumental teórico renovado que se desmarca de los aires manualescos y dogmáticos del marxismo-leninismo, ha constituido una práctica habitual dentro de Cuba. El debate sobre el siglo XIX y las apropiaciones que los diferentes actores políticos de la nación han hecho de él, se encuentran en el centro del actual debate nacional.

Como parte de este proceso introspectivo, ha emergido el enorme peso de la Iglesia Católica en la historia de Cuba. Sin sobrevalorar o tergiversar esa presencia, hoy sabemos que el Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio fue uno de los principales epicentros de conformación de nuestra nacionalidad en la primera mitad del siglo XIX, y sirvió de espacio de interacción entre las ideas ilustradas europeas, la teología católica y las



Licenciado Lenier González

élites intelectuales habaneras. Además, en los últimos años, un grupo de jóvenes investigadores -nucleados en el Departamento de Historia de Cuba de la Universidad de La Habana- ha sentado cátedra en los estudios sobre las diferentes órdenes religiosas católicas del siglo XIX, poniendo al descubierto las grandes redes de interacción e incidencia de estas congregaciones con la sociedad, y su enorme peso en la conformación de la cultura nacional.

Ha sido significativo también el hecho de que estas realidades han ido ganando, progresivamente, un espacio en los planes de estudio de los diferentes niveles de enseñanza del país, lo cual representa un cambio sustancial con respecto a hace apenas una década, cuando la ortodoxia marxista calificaba a la Iglesia como “institución oscurantista al servicio de los explotadores”, casi sin ninguna incidencia en el ámbito nacional. Llegado a

este punto, me gustaría insistir en que la presencia y aporte de “lo católico” en nuestro país no puede ni debe ser entendido solamente por el número de personas que profesamos la fe en el Dios Uno y Trino, o por los que asistimos de forma sistemática o esporádica a los sitios de culto.

La impronta del catolicismo en Cuba desborda estos márgenes y se inserta en el intrincado campo de la cultura: en el conjunto de valores esenciales sobre el hombre y la familia, en los referentes, imaginarios y representaciones del mundo que desde hace siglos la Iglesia Católica ha ido sedimentado en el alma cubana a través de diversas instancias de incidencia social. Muy pronto uno de estos espacios obtendrá la atención de los investigadores cubanos: la escuela católica de la república. Por solo citar un ejemplo, algunos le otorgan gran peso a la impronta de los colegios jesuitas en la formación de algunos valores y actitudes en el liderazgo histórico de la Revolución cubana.

Incluso otros llegan a afirmar que la historia de Cuba se cuenta hoy como una especie de historia sagrada de la cual José Martí es su supremo momento cristológico. Las creaciones que cuentan la historia nacional desde la óptica de cierta teología política tienen en Ese sol del mundo moral, obra medular de Cintio Vitier, su texto sagrado por antonomasia. En apenas unas cuartillas, Cintio configura la historia de nuestra Isla en aras de una escatología ética, donde Varela, Luz y los próceres del 68 y el 95 conforman nuestra etapa patriarco-profética; Martí, la mesiánica; la generación del 20 la apostólica; y la del centenario y revolucionaria luego, la parusística.

No hay que ser demasiado avezado en estos temas para advertir que esta construcción religiosa y política de Cintio detenta absolutamente una visión católica de nuestra historia. La genialidad de la propuesta consiste en insertar nuestra circunstancia nacional dentro de un orden trascendente, estructurado en clave neotomista. Esto nos lleva a tomar nota no solo del enorme peso que posee este “catolicismo intelectual” -convertido en un corpus legitimante de la Revolución cubana por los aparatos ideológicos del Estado- en la vida nacional, sino además, de la profunda huella dejada en ese sentido por el grupo de escritores católicos integrantes del grupo Orígenes.

2- ¿Cuánto cambió la Revolución el modo de relacionarse la Iglesia con la sociedad cubana?

G.A.: El cambio más dramático que sufrió la Iglesia consistió en ser sacada súbita y casi totalmente de los

espacios públicos, privada así de la presencia social que le es propia a su misión, y sometida a un proceso permanente y sistemático de invisibilización que todavía hoy continúa activo en los medios, y que dificulta de modo extraordinario su labor. Esto en un mundo cada vez más comunicado, en el que estar marginado de los medios equivale casi a no existir.

Semejante práctica tenía sentido en la época del ateísmo institucionalizado, cuando las enseñanzas de la Iglesia se definían oficialmente como dañinas a los intereses de la población, pero después de la reforma constitucional de 1992 resulta un anacronismo absurdo.

A.P.: En su relación con la sociedad cubana hasta los sucesos posteriores a 1959, la Iglesia partía de la premisa de una Cuba católica. Si bien es cierto que existían otras confesiones religiosas, el escaso número de sus seguidores en relación con las elevadas cifras de bautizados favorecía una comprensión homogenizante que ocultaba la complejidad del entramado social. En medio de una nación y de un pueblo católicos, la Iglesia se entendía a sí misma como garante del orden moral comunitario para lo cual se establecía necesariamente una relación de autoridad.

Sin embargo, la insuficiente capacidad de movilización social de la Iglesia ante la escalada del conflicto que la enfrentó a las autoridades políticas revolucionarias, mostró la disonancia que padecía la forma en que la Iglesia se veía a sí misma en medio de la sociedad cubana. Pienso que este súbito asomo a lo que la frondosa estadística escondía fue sin dudas el cambio más dramático entonces. La sensación de angustia y de natural desconcierto que esto trajo puede apreciarse con una nitidez desgarradora en las bellas pastorales de monseñor Pérez Serantes, arzobispo de Santiago de Cuba. En ellas se llamaba a cerrar filas a unas huestes que desertaban masivamente o que quizás nunca habían militado de verdad. Si además se añade la pérdida de la mayoría de los espacios y medios materiales para el apostolado, se puede comprender la difícil situación en que la nueva etapa de la historia nacional ponía a la Iglesia.

Era necesario, por tanto, un repensar de la vida cristiana que distinguiera entre lo accidental y lo esencial, que definiera una nueva escala de prioridades.

La impronta del catolicismo en Cuba desborda estos márgenes y se inserta en el intrincado campo de la cultura: en el conjunto de valores esenciales sobre el hombre y la familia, en los referentes, imaginarios y representaciones del mundo que desde hace siglos la Iglesia Católica ha ido sedimentado en el alma cubana

La misión era la misma, no podía ser otra, anunciar la Buena Nueva, con oportunidad o sin ella, en medio de la excluyente ideología. No todo era negativo, la dura prueba permitía, quizás más que nunca en la historia de Cuba, el desarrollo de una fe auténtica, libre y conscientemente comprometida. Mucho se ha hablado del repliegue hacia los templos de la vida eclesial, de una reducción de la misma a lo cultural, lo cual es cierto, pero se debería señalar igualmente con admiración que en medio de todas las dificultades –algunas muy graves– la Iglesia seguía viva. Creo que las nuevas generaciones de católicos nunca podremos agradecer lo suficiente el testimonio de fidelidad de estos años.

De tal forma, la Iglesia tras 1959 pasa de la aparente seguridad de una autoridad casi incuestionada a la comprensión de una estremecedora realidad: la sociedad cubana, como todas, nunca será enteramente

cristiana. El cristianismo presupone una actitud continua de conversión, de sacrificio del propio egoísmo que siempre será desafiante. La fe sólo se propone desde la humildad y el testimonio de la Palabra hecha vida. Un modo más cristiano de relacionarse con el otro, de evangelizar, fue el metal reluciente que dejó el fuego de la prueba.

L.G.: La Revolución trajo consigo un vuelco radical en las relaciones que había mantenido la Iglesia Católica con la sociedad cubana. Ya en la década de los '50 la Iglesia había logrado articular, con cierta coherencia, estructuras pastorales efectivas para la evangelización. Contaba, además, con variados espacios de inserción social, que le permitían incidir y ser tomada en cuenta en el espacio público. La Acción Católica, por su parte, se convirtió en una verdadera escuela de formación y articulación del laicado insular. Esta realidad eclesial de los años 50 era cualitativamente superior a la de décadas precedentes, donde la Iglesia tuvo que saldar un duro camino cuesta arriba para insertarse en

la vida republicana, a donde había arribado con los pesados lastres del Patronato Regio sobre sus espaldas.

Por otra parte, la encuesta realizada en el año 1954 por la Agrupación Católica Universitaria (ACU) nos recuerda que no debemos idealizar esa realidad eclesial, pues amplias zonas rurales estaban desatendidas pastoralmente, se priorizaba la construcción de iglesias en zonas de clase media y acomodadas, y la red de escuelas católicas –por las condiciones propias de la época– no daba acceso por igual a todos los miembros de una sociedad verticalmente estratificada. Pero a la vez, esa propia encuesta refleja, en mi opinión, el grado de madurez que iba alcanzado esa Iglesia, aun preconciliar, pero que ya daba sus primeros pasos aplicando herramientas pastorales que no cobraron vida en el resto del continente hasta casi una década después, luego de finalizar el Concilio Vaticano II.

Esta es la Iglesia que recibe con esperanza el triunfo de la Revolución en 1959. Poco tiempo después cobró vida un diferendo entre ella y el sistema político. Este diferendo representó para la Iglesia la privación de todos estos espacios de incidencia social, la negación pública por mucho tiempo de sus aportes, con luces y sombras, a la historia nacional e incluso, la articulación de rígidos mecanismos de discriminación y exclusión social contra aquellas personas que profesaban abiertamente su fe. Ha sido este un largo camino lleno de meandros, de profundas desgarraduras personales y de desconfianzas mutuas.

En el corazón del conflicto laten los recuerdos de las pastorales anticomunistas de los años 1960 y 1961 y la oposición violenta de importantes sectores del laicado al nuevo gobierno por lo que juzgaban una traición de este al carácter popular y nacionalista de la Revolución (al inclinarse esta por el marxismo-leninismo). Muchos de ellos pasaron de la lucha armada para derrocar a Batista, a la lucha armada para evitar la implantación del comunismo. Recordemos que son los años duros de las persecuciones en Europa del Este contra la Iglesia, donde el comunismo era percibido como el mayor enemigo de ésta.

3- ¿Qué significación tuvo para la Iglesia y la sociedad el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC) realizado en 1986?

G. A.: El cardenal Pironio, enviado papal al ENEC, lo definió como “un momento de gracia, un verdadero Pentecostés para la Iglesia en Cuba”. No exageraba. Igual que los apóstoles en aquel primer Pentecostés, los católicos cubanos salieron de los templos, donde con temor permanecían esperando pasivamente a los que llegaron. Salieron al encuentro de los legítimos destinatarios de su mensaje, no a imponerles, sino a proponerles la fe. Esto significó un cambio esencial de enfoque pastoral, que muchas veces se ha descrito como “el paso de una pastoral de mantenimiento a una pastoral misionera y evangelizadora.” La vida y la acción de la Iglesia se transformaron completamente con el ENEC.

El cristianismo presupone una actitud continua de conversión, de sacrificio del propio egoísmo que siempre será desafiante. La fe sólo se propone desde la humildad y el testimonio de la Palabra hecha vida. Un modo más cristiano de relacionarse con el otro, de evangelizar, fue el metal reluciente que dejó el fuego de la prueba.

A.P.: Pienso que, para la Iglesia, el Encuentro Nacional Eclesial Cubano fue la culminación del camino de reconciliación con la realidad nacional que había comenzado mucho tiempo antes. En esta nueva etapa histórica, la Iglesia en Cuba se vio obligada a identificar su lugar en un contexto diverso, en el cual nada se debía dar por sentado, sino que la propuesta evangélica se debía ofrecer con humildad y caridad. La Iglesia podía ahora confiar en la novedad perenne de la fe y sentir el gozo de compartir su único tesoro: Jesucristo vivo hoy y siempre, por amor hecho alimento y

fuente de vida verdadera por todos y para todos. Éste, el único orgullo de la Iglesia siempre peregrina, sólo podía ofrecerse desde la libertad y por la libertad. El ENEC era la realización en nuestra Iglesia del más estremecedor de los retos del Concilio Ecuménico Vaticano II: abandonar

la pretensión de adueñarse de la Verdad y pasar a ser servidores humildes de ella, con la convicción profunda de que marcha con nosotros y nunca nos abandona. Una Iglesia feliz, confiada en la gracia de Dios a pesar de todos los aguijones, eso nos dejó el ENEC.

Para la sociedad en general, aunque quizás este evento eclesial pudiera pasar inadvertido para muchos, fue también significativo. Si con el ENEC la Iglesia se reconciliaba con su realidad y su entorno, toda la sociedad era también invitada a hacerlo. Creo que el principal aporte para la sociedad en su conjunto del ENEC estaba en la posibilidad del diálogo, de la comprensión mutua, de reconocer los valores del otro. El testimonio de una voluntad de reconocimiento del propio lugar en la historia nacional, era el más importante servicio a una sociedad marcada por las pretensiones totalizadoras de la ideología. Justicia con el pasado y el presente, y preparación para un futuro justo, eso significó el ENEC para la sociedad cubana.

L. G.: El ENEC constituye uno de los momentos estelares de la historia de la Iglesia Católica en Cuba. El evento significó “obrar el milagro de las manos vacías”, como expresó con belleza y exactitud monseñor Adolfo Rodríguez Herrera, entonces presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, en la homilía de inauguración de la magna cita. Es la historia de una Iglesia que puso la mirada en lo Alto y se abandonó en manos de la Providencia, obrando lo grande desde lo pequeño. No fue solo un encuentro de cinco días, sino un memorable proceso de reflexión nacional que abarcó varios años, recogió los pareceres de las comunidades católicas en todos los puntos de la geografía nacional y cinceló para siempre las vidas de sus protagonistas. Hablamos de un proceso que marcó la apertura de la Iglesia cubana a las realidades sociales del país, la salida de los muros del templo luego de 26 años de ateísmo estructural. Sus principales ejes temáticos –Iglesia encarnada, orante y misionera– han de ser, por mucho tiempo, las sendas a transitar por la Iglesia Católica en Cuba. Rescatar ese espíritu participativo es un reto actualmente para la Iglesia en Cuba.

No todo era negativo, la dura prueba permitía, quizás más que nunca en la historia de Cuba, el desarrollo de una fe auténtica, libre y conscientemente comprometida.

4- ¿Qué circunstancias propiciaron que el Episcopado cubano hiciera público, en 1993, hace exactamente 15 años, una Carta Pastoral titulada *El amor todo lo espera?*

G. A.: En un artículo que dediqué a los 10 años de la Carta, y que se publicó en 2003 en la revista nacional Verdad y esperanza de la Unión Católica Cubana de Prensa, describí aquel momento. Hoy usaría casi las mismas palabras, introduciendo apenas algún que otro matiz

El año 1993 es generalmente reconocido entre los cubanos como el más desesperanzador, con mucho, de la segunda mitad del siglo XX. La crisis económica en la que se ha visto inmerso el país, con vaivenes, pero ininterrumpidamente, durante los últimos 13 ó 14 años, alcanzó en aquel momento su punto más álgido. Recordaré siempre ese año por los apagones interminables y las bicicletas propulsadas por agua con azúcar prieta; por los familiares, amigos y vecinos a quienes la desnutrición transformó, en pocos meses, en ancianos macilentos e irreconocibles; por las calles semidesiertas y los semáforos apagados. Pero sobre todo lo recordaré como un año de pesimismo y angustia, y la más sombría de las desesperanzas. Fue el año en que por primera vez oí a alguien decir: “Cada vez que me dicen que se ve una luz al final del túnel, estoy convencido de que es un tren que viene en dirección opuesta”. Año terrible, en fin, aquel 1993 cuya memoria me encoge el corazón y del cual hablaré tal vez a mis nietos (y si no me esperan años peores, que nunca se sabe), como me hablaban mis padres y abuelos del “machadato”.

La situación de penuria era sólo la consecuencia más ostensible de un trance mucho más que económico. Los complejos acontecimientos desencadenados a partir de 1989 con la caída de los gobiernos marxistas de la Europa del Este, y que culminaron con la desaparición de la Unión Soviética en 1991, habían generado una profunda crisis ideológica en la izquierda mundial, a la cual el fulminante e incruento derrumbe del “campo socialista” había dejado sin paradigma tangible ni prueba de viabilidad. Lo que durante décadas habían llamado “socialismo real” y proclamado como la sociedad modelo, se revelaba ahora como una farsa impuesta a contrapelo de la voluntad mayoritaria de aquellos pueblos.

En Cuba, el desconcierto provocado por esta crisis

se ponía de manifiesto, por una parte, en la solicitud por las autoridades de un irrestricto voto de confianza de la población en la capacidad del gobierno para sacar al país de la crisis económica y, por la otra, en la incesante proclamación de la voluntad de resistir a toda costa, sin que estas exhortaciones estuviesen acompañadas de la presentación de un proyecto de contornos definidos y suficientes visos de viabilidad, sobre el cual los ciudadanos pudiesen basar una esperanza razonable de superación de aquella difícil coyuntura.

Los Obispos no estaban más que cumpliendo con su deber de pastores en un momento de confusión, desorientación y, sobre todo, desesperanza.

A. P.: La sociedad cubana de los '90 atravesó por un momento difícil y complejo. En 1989 había desaparecido el campo socialista y, en 1991, se había desintegrado la URSS. Las consecuencias de estos hechos provocaron graves trastornos en el desenvolvimiento de la economía cubana y originaron un período oficialmente definido como Período Especial, caracterizado por un descenso de la producción azucarera, escasez de divisas, la disminución de la producción de alimentos y otros bienes de consumo, con lo cual la economía cubana experimentó una profunda crisis.

Ante las nuevas condiciones se tomó una serie de medidas que permitieran atenuar, en la medida de lo posible, la caída económica. La desaparición del campo socialista, área con la que se mantenía más de 80 por ciento del intercambio comercial, significó una pérdida de mercado. Ante esto, el país tuvo que reinsertarse en la economía global, y se inició la búsqueda de nuevos mercados para sus producciones y nuevos proveedores. En 1992, se impulsó una política de apertura a la inversión de capital extranjero. El turismo se convirtió en una importante fuente de ingreso de divisas al país.

Estos cambios introdujeron transformaciones relacionadas con una reforma económica que traería consigo la posibilidad de una solución a la crisis y, por otro lado, repercutiría en la sociedad y no en todos los casos de manera favorable. Entre ellos, la formación de nuevos grupos sociales, la polarización de los ingresos y la creciente ampliación de las desigualdades sociales, la inver-

sión de la pirámide de ingresos, así como cambios en los aspectos vivenciales e ideológicos de los individuos, entre otros. Con la crisis de estos años, se produjo un importante resquebrajamiento de los valores morales.

En tales circunstancias de crisis generalizada, era necesario mostrar que era posible encontrar una salida. Había que sostener obstinadamente que la esperanza era posible si todos los cubanos se acogían y compartían sus propuestas mutuas. La solución, entre todos, podía existir. Los Obispos decidieron tomar la iniciativa, y eso fue El amor todo lo espera.

L. G.: Creo que el dramatismo de aquel momento lo vivimos todos en carne propia. La implosión de la URSS y de toda la arquitectura socialista mundial tuvo serias

implicaciones para Cuba. A ello se sumaba el recrudescimiento del bloqueo económico al país por parte del gobierno de Estados Unidos. De seguro todos recordamos la terrible crisis económica que vivimos, con su inmensa carga de penurias para toda la población: escasez de alimentos, cortes del fluido eléctrico, deterioro de la paz social, salidas masivas del país, colapso del transporte público, etc.

Creo que como pocas veces en la era republicana el país era presa de una crisis semejante. A ello venía aparejado otro elemento aun más preocupante: quedamos desprovistos de paradigmas. Al desaparecer el referente marxista-leninista como eje estructurante de toda la vida nacional, el país quedaba casi a la deriva, necesitado urgentemente de una refundación en los planos material y simbólico. Toda esta realidad tenía como fondo la inexistencia (al menos si existía no se había hecho público en septiembre de 1993) de una propuesta gubernamental para salir de la crisis. Este vacío de propuestas para poder fortalecer la esperanza del pueblo puede que sea una de las motivaciones principales de los Obispos para decidir dirigirse a la nación.

Leyendo el documento, 15 años después, queda claro que los Obispos eran conscientes de esta dramática realidad, estaban muy preocupados por el rumbo que tomaban los acontecimientos en el país, por el silencio de las

**El ENEC era la
realización en
nuestra Iglesia del más
estremecedor de los retos
del Concilio Ecuménico
Vaticano II:
abandonar la
pretensión de
adueñarse de la
Verdad y pasar a ser
servidores humildes
de ella...**

autoridades y, además, tenían pleno convencimiento de la necesidad de implementar cambios. En Cuba ese giro se materializó de manera parcial tiempo después, mediante un paquete de medidas económicas y con la readecuación del capital simbólico de la Revolución cubana.

5-Algunos han planteado que dicha Carta Pastoral constituye un alejamiento de la Iglesia en relación con los fundamentos del ENEC. ¿Cuánto de cierto puede tener este criterio?

G. A.: A mi entender es un juicio erróneo, que parte de mirar, tanto el Documento Final del ENEC como la Carta Pastoral, con un enfoque reductivo, desde una perspectiva política. Hay una clara continuidad entre ambos documentos, que insisten en las propuestas que son las propias de la Iglesia: paz, justicia, reconciliación...

A. P.: En realidad, la lectura detallada tanto del Documento Final del ENEC como de la Carta Pastoral El amor todo lo espera, no encuentra diferencias esenciales entre ambos. Por el contrario, al menos en tres elementos fundamentales se puede ver una clara identidad.

En primer lugar, en ambos textos la Iglesia rechaza con firmeza toda probable identificación entre el mensaje evangélico que le es propio y los postulados de un sistema político o ideológico específico. La fe trasciende la ideología, en tanto se ofrece a todos por igual. Por otra parte, este principio no implica para la Iglesia su silencio ante las realidades terrenas. Puede y debe ejercer crítica de los ámbitos políticos e ideológicos, en cuanto éstos afecten o promuevan la dignidad de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios. Esta razón movió a la Iglesia a expresar públicamente su opinión en 1986 y 1993. En efecto, tanto en el ENEC como en El amor todo lo espera, tiene lugar el ejercicio

de esta crítica, con la llamada de atención a las dificultades que presentaba la sociedad cubana, agravadas en 1993 por efecto de la crisis.

Sin embargo, lo anterior no significa que no existieran diferencias en ambas declaraciones de la Iglesia, derivadas de los cambios experimentados en la sociedad cubana. Entre ellos, amén de las dificultades socioeconómicas que se añadían en 1993, se encontraba el proceso de reajuste que la caída del paradigma socialista eurosoviético había impuesto a los presupuestos ideológicos imperantes en el país. El proyecto revolucionario cubano comenzaba una reconsideración de su relación con la historia nacional, donde se intentaba encontrar bases más sólidas de legitimación. En este contexto, se imponía más que nunca un llamado al diálogo nacional, precisamente cuando la identidad revolucionaria iniciaba una lenta desideologización. El amor todo lo espera fue la contribución de la Iglesia a tan importante proceso. Al hacerlo, no intentaba tomar distancia de aquellas aspiraciones que en el ENEC había asegurado compartir con la sociedad socialista. Al contrario, llamaba la atención sobre aspectos a su juicio necesarios para la realización definitiva de dichas aspiraciones, cuando el país se hallaba libre de presiones externas que anteriormente obstaculizaban su pleno despliegue.

Por todo esto, no creo que se pueda hablar de que la Carta Pastoral constituya un alejamiento de la Iglesia en relación con los fundamentos establecidos en el ENEC.

L. G.: Esta fue una insinuación que estuvo presente, por vez primera, en la reacción de la prensa contra la Carta Pastoral, y también en algunos análisis académicos posteriores. Un estudio detallado de los temas rectores de ambos documentos nos demuestra que tal afirmación es muy difícil de

sostener. Los ejes de trabajo pastoral que emanaron del ENEC -Iglesia encarnada, orante y misionera- son los mismos que encontramos en El amor todo lo espera, contextualizados a las nuevas realidades que vivía el país, pero sin que eso implicase la existencia de grandes rupturas.

Es asombroso, por ejemplo, cómo la línea de trabajo pastoral relacionada con la reconciliación es una constante desde el Documento Final del ENEC hasta el presente. Sólo que en aquel contexto de 1986, cuando aun pervivía el ateísmo doctrinal, la Iglesia hablaba

En el arzobispado de La Habana se guardan las imágenes de las colas inmensas ante la puerta del edificio para adquirir un ejemplar. Maestros con sus alumnos, militares, militantes del PCC, jóvenes y viejos, todos querían conocer lo que decían los Obispos.

de reconciliación del pueblo con Dios y reconciliación con los hermanos. Traigo este ejemplo a colación para ilustrar cómo una línea de trabajo pastoral específica ha sufrido modificaciones dado el contexto, pero sin grandes variaciones de fondo. El fin del ateísmo doctrinal propició que la Iglesia, paulatinamente, eliminara de sus documentos pastorales rectores el tema de la imposibilidad de vivir la fe como algo natural en Cuba, pues este aspecto fue superado paulatinamente. Así podríamos desmenuzar los ejes del Documento Final del ENEC y compararlos con lo planteado en la Carta Pastoral. Arribaríamos a iguales conclusiones.

Uno de los temas más debatidos en relación con el Documento Final del ENEC y la Carta Pastoral está relacionado con el sentido que éstos dan a los términos "justicia" y "caridad". Algunos académicos creen que existen rupturas. En lo personal discrepo de tal afirmación. No me adentro en el tema, pues juzgo puede dar para un simposio.

Pienso que en la base de esa afirmación que esboza la pregunta está una lectura errónea, en clave muy política y limitada, de lo que fue el Encuentro Nacional Eclesial Cubano de 1986. La lectura distorsionada de aquel suceso y de sus implicaciones para Cuba tuvo un peso capital en la repetición, casi mecánica, de esta frase por personas no muy familiarizadas con estos asuntos. Sobre todo, como ya dije, a partir de la reacción de la prensa en aquel entonces.

6-¿Cuáles fueron las propuestas concretas que en aquel entonces realizó el Episcopado a la nación cubana?

G. A.: En un resumen muy apretado, aun a riesgo de perder matices muy importantes, yo destacaría como la propuesta central y con mucho la más importante de la Carta Pastoral la invitación a un diálogo amplio entre todos los cubanos, sin sectarismos ni exclusiones, para sustituir la dialéctica de la confrontación y el antagonismo por la de la reconciliación y el acuerdo, en la convicción de que todos nuestros problemas debemos y podemos re-

solverlos entre cubanos, sin injerencias foráneas.

Destacan también los Obispos que el primer paso para resolver los problemas es reconocer que existen: hay que enfrentarlos para resolverlos, pero el empeño por promover el diálogo debe evitar caer en la elaboración de elencos de conflictos o reivindicaciones que sólo promueven la negatividad y el pesimismo. En todo debe primar la honestidad y la autenticidad.

Por último, debemos llegar a la convicción de que la mayor riqueza de Cuba son los propios cubanos, porque nada puede sustituir al ser humano en su centralidad y preeminencia.

A. P.: Como he expresado en un reciente ensayo sobre el tema, El amor todo lo espera presentaba dos

grandes ejes temáticos que recorrían todo el texto. En primer lugar, una evaluación de la condición de la nación mediante el análisis de las principales dificultades que a juicio del episcopado eran fuente de sufrimientos para la sociedad. En este sentido, se identificaban como tales la crisis económica, el deterioro cívico y moral y una concepción ideológica y política excluyente. Un segundo momento del mensaje lo constituían las soluciones que se proponían para las anteriores problemáticas. Más que ofrecer una serie de medidas o acciones para enfrentarlas, la Iglesia anunciaba un camino para lograr lo que se proponía como el objetivo final de todo el mensaje, la revitalización de la esperanza. Para esto era necesario que la ideología cediera su espacio a la persona humana y se lograra una verdadera sociedad fraternal en la que todos los cubanos tuvieran oportunidad de aportar su contribución para la consecución del bien común. Los Obispos partían de la necesidad de una transformación moral como condición previa a la creación de estructuras más justas y solidarias.

Para el logro de estos fines, la Carta Pastoral señalaba un elemento previo. Era necesario que los valores fundamentales de la sociedad cubana, mencionados tanto aquí como en el Documento Final del ENEC, se desideologizaran y se llenaran de un contenido ético, lo que además de cerrarle el paso a toda exclusión injusta, acrecentaría el interés de participación de todos. De esta manera, la Patria, el Estado y Cuba, no serían consignas, sino valores profundos del alma nacional que superarían visiones reduccionistas y dolorosas discriminaciones. La metodo-

La Iglesia puede y debe ejercer crítica de los ámbitos políticos e ideológicos, en cuanto éstos afecten o promuevan la dignidad de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios.

logía a seguir era tan simple como compleja: el diálogo nacional entre todos los cubanos, tanto dentro como fuera del país, con lo que se lograría una verdadera inclusión social que superara las limitaciones anteriores y una participación libre, activa y consciente en la búsqueda de las necesarias soluciones.

L. G.: Muchas de las propuestas realizadas por los Obispos en aquel entonces quedaron circunscritas a aquella realidad social, estuvieron muy localizadas en dicha coyuntura de crisis. Pienso, por ejemplo, en los llamados "5 puntos irritantes" de los que se hablaba en el documento. En mi opinión, mucho más importante que estos "puntos concretos" lo constituye la metodología propuesta por la Iglesia para solucionar aquella crisis. Ese modo de proceder será el mismo para ayer, para hoy y para todos los tiempos, pues está íntimamente conectado con el ser de la Iglesia en el mundo. Hablo de la sustitución de la dialéctica confrontacional por otra de la fraternidad y la acogida entre los cubanos mediante el diálogo. Nadie debe esperar, jamás, algo diferente de la Iglesia Católica.

Ese ha sido el espíritu de otros documentos posteriores a *El amor todo lo espera*, y que en lo personal aprecio mucho. Recuerdo la Carta Pastoral de nuestro arzobispo No hay Patria sin virtud, y la Instrucción Teológica-Pastoral de los Obispos La presencia social de la Iglesia. Por su altura magisterial, análisis pastoral y de la realidad nacional, superan en algunos aspectos la Carta Pastoral del año 1993. Estos dos documentos evidencian una madurez superior por parte de la Iglesia a la hora de alzar su voz profética en momentos importantes para la nación.

7-¿Cómo fue acogida la Carta Pastoral tanto por

Al desaparecer el referente marxista-leninista como eje estructurante de toda la vida nacional, el país quedaba casi a la deriva, necesitado urgentemente de una refundación en los planos material y simbólico.

el pueblo como por el gobierno, y qué tratamiento le dieron los medios de comunicación en Cuba y en el extranjero?

G. A.: El documento tuvo una difusión limitada, porque la Iglesia no tenía, ni tiene todavía, 15 años después, posibilidades de asegurar, ni remotamente, la impresión del número de ejemplares que se hubiera necesitado de un documento como aquel. Aunque no hubo una respuesta que pudiera llamarse oficial, diversos medios de prensa publicaron comentarios que fueron, sin excepción, muy negativos, no tan ricos en argumentos como en insultos y descalificaciones. Los comentarios que leí en la prensa extranjera partían de la misma errónea lectura política, sólo que mayoritariamente de signo contrario al de la prensa oficial cubana. En cuanto al criterio de la población, no conozco que se hayan realizado encuestas de opinión entre quienes alcanzaron a leer *El amor todo lo espera*, pero de las muchas, muchas personas a quienes entonces facilité ejemplares, sólo recibí comentarios positivos, el más frecuente de los cuales era que se alegraban mucho de que alguien dijera lo mismo que ellos pensaban, pero no se atrevían a decir. La única excepción fue un amigo comunista que, de modo contrario a todos los demás, me dijo estar en desacuerdo con cada uno de los planteamientos de los Obispos.

Como frecuentemente pasa, cada quien arrima la brasa a su sardina, y esto se hace mucho más obvio cuando se hacen lecturas políticas.

A. P.: *El amor todo lo espera* suscitó un gran interés en la población en general, que compartía la mayor parte del diagnóstico realizado por los Obispos de la situación nacional y sobre todo de las propuestas para la solución de los problemas allí apuntados. La amplia difusión del mensaje y el deseo de adquirirlo en iglesias y otros lugares, reconocido incluso por la prensa oficial, es una prueba clara de ello. Como parte del pueblo, los católicos saludaron con alegría el mensaje de sus pastores, con sus excepciones, algunas muy notorias.

Los medios de comunicación en Cuba, de propiedad estatal, reaccionaron de manera bastante virulenta por medio de diferentes artículos carentes en términos generales de un acercamiento objetivo al texto y a sus intenciones y, en algunos de ellos, con ofensas más o menos veladas a las personas e integridad moral de los Obispos. La prensa extranjera igualmente realizó lecturas que partían de una similar incompreensión de los móviles y fines del mensa-

je. Ejemplo de esto fueron los casos del Miami Herald, que comparó la acción de los prelados cubanos con la de sus "hermanos polacos", con lo que se mezclaban dos realidades diferentes, en circunstancias muy distintas; y el artículo de Heinz Dietrich Steffan, publicado en el diario mexicano La Jornada, donde sólo se mencionaba el mensaje episcopal de pasada para centrarse en una crítica al funcionamiento interno de la Iglesia Católica, con una total ignorancia de la misma. En general, la prensa, tanto nacional como extranjera, falló en encontrar el sentido de la Carta Pastoral, al querer ver en ella la política como única motivación.

L. G.: Quiero comenzar aclarando que en los momentos en que la Carta Pastoral vio la luz yo era apenas un niño que daba sus primeros pasos en la adolescencia. Aun guardamos en casa, con cariño, la copia amarillenta del documento episcopal. Tengo grabada en mi memoria la agitación de aquellos días, los comentarios en el seno de mi familia, las visitas de amigos que comentaban acaloradamente el documento, algunos de ellos militantes del Partido Comunista de Cuba (PCC).

Pero mi conocimiento sobre la manera en que fue acogida la Carta Pastoral por el pueblo y por las autoridades pasa, más que por mis recuerdos personales, por mis conversaciones con laicos, sacerdotes y Obispos que sí vivieron a plenitud aquellos días vertiginosos. Pasa, además, por largas conversaciones con el profesor Jorge Ramírez Calzadilla y por la lectura de los análisis que sobre el hecho han realizado valiosos especialistas cubanos. En el plano personal, el contraste entre ambas visiones –la eclesial y la académica– me ha permitido encontrar pistas luminosas para aproximarme al acontecimiento y, además, para entender la violenta reacción del gobierno.

Todo parece indicar que el documento fue muy bien acogido por el pueblo en general. En el arzobispado de La Habana se guardan las imágenes de las colas inmensas ante la puerta del edificio para adquirir un ejemplar. Maestros con sus alumnos, militares, militantes del PCC, jóvenes y viejos, todos querían conocer lo que decían los Obispos. Imagino que la inquietud por conocer su contenido se haya acrecentado en amplios sectores del pueblo ante los grandes espacios que se le dedicó al tema en la prensa nacional. Esa reacción en la prensa nacional es, a

su vez, la mejor manera de entender cómo fue asumido el hecho por el gobierno.

Tengamos presente que en el plano social desde finales de la década del 80 varios indicadores cuantitativos de religiosidad comienzan a dispararse. Una encuesta de la época, realizada por el Departamento de Estudios Socio-religiosos, testimonia la presencia de "lo religioso" en cerca del 85 por ciento de la población cubana. Además, mientras ocurría este despunte de los indicadores de religiosidad, en la segunda mitad de esa década tiene lugar un hecho que va a marcar profundamente el descongelamiento del tema religioso en Cuba. En 1985 se publica el libro Fidel y la Religión, resultado de una entrevista de 23 horas concedida por el entonces presidente Fidel Castro al dominico brasileño Frei Betto. Según criterios de varios especialistas, el impacto psicológico del libro en la clase política y en el pueblo cubano fue determinante en el sentido de que se percibía que la temática religiosa dejaba de ser un tema tabú y, además, lo religioso tomaba por asalto los espacios públicos de

discusión por vez primera en mucho tiempo en Cuba. Por ejemplo, a la presentación del libro, en la ciudad de Santiago de Cuba, asistieron 10 mil personas. Todo esto me hace pensar que en el plano social existían condiciones favorables para que el documento fuese acogido y analizado.

Un análisis sobre la reacción de la prensa, 15 años después, resulta un ejercicio interesante, pues es evidente que los Obispos quedaron virtualmente cercados por los ataques tanto de la prensa nacional, como por la prensa del exilio. Si exceptuamos el texto de Cintio Vitier, todo lo publicado en aquel entonces sobre el contenido de la Carta

–ofensas, argumentos y tergiversaciones que no voy a tomarme el trabajo de reproducir– queda a la vista de las nuevas generaciones como un gran monumento a lo que el periodismo no debe ser.

Visiones críticas sobre la Carta Pastoral no han faltado en el contexto nacional. Recomiendo la lectura del libro Iglesia y política en Cuba, recopilación de ensayos del sociólogo Aurelio Alonso. Aun cuando en lo personal estoy en desacuerdo con las tesis defendidas por Aurelio en ese libro, es admirable su altura política, el respeto a la hora de tratar los temas y la inteligencia de sus análisis que no dejan escapar ni el más mínimo detalle epocal.

**Todo lo publicado en
aquel entonces
sobre el contenido de
la Carta –ofensas,
argumentos y
tergiversaciones que
no voy a tomarme el
trabajo de
reproducir– queda a
la vista de las
nuevas generaciones
como un gran monumento
a lo que el periodismo
no debe ser.**

Todo ello calzado por la vocación irrenunciable de Aurelio de abrir puertas y tender puentes con la Iglesia. Quienes nos movemos en los ámbitos eclesiales hemos sido testigos de ello en más de una ocasión.

Creo que es impensable que el Episcopado no se hubiera dirigido a la nación ante semejante crisis. Se hacía imperioso que la Iglesia Católica ejerciera su misión de iluminar la realidad social alzando su voz profética. Es posible que aun no existiera la madurez necesaria en la clase política cubana para entender este aspecto. Recordemos que en el momento de la publicación de la Carta Pastoral aun era reciente el fin del ateísmo doctrinal, y que incluso en miembros de la clase política aquella concepción excluyente de lo religioso, más los recuerdos de la confrontación Iglesia-Estado al triunfo de la Revolución, seguían teniendo un peso importante.

Quizás a ello se sumó, como agravante, esa manera "ignaciana", jesuítica, que ha tenido la Revolución cubana de entender la fidelidad de los seres humanos y de los actores sociales. Esa vocación de totalidad de la Revolución exige una adhesión sin fisuras. Si intentamos colocarnos entonces desde "el otro lado" nos podemos percatar de que el documento episcopal fue tomado como un acto de alta traición.

La conversión de Cuba en un Estado laico, con todas las implicaciones que ello trae aparejado, ha constituido un gran reto tanto para el sistema político como para la Iglesia Católica en nuestro país. Seguir desandando este camino es aun el gran reto de futuro para ambas instancias. Esa trascendental decisión, asumida en 1992, en los momentos en que se publicó la Carta Pastoral aun no había tenido tiempo de materializarse en la práctica política de la nación. Este hecho es capital a la hora de entender la desproporcionada reacción del gobierno contra la Iglesia en los medios de comunicación.

8- ¿Conservan vigencia las propuestas de *El amor todo lo espera?*

G. A.: Vivimos un momento diferente de nuestra historia, y algunas de las cosas que se dicen en el documento habría que decir las hoy de otro modo, o cambiando los énfasis, pero yo lo he leído muchas veces, en diversos momentos, a lo largo de estos 15 años, y siempre me sorprenden su mesura, su equilibrio y su extraordinaria fidelidad a la misión de la Iglesia. Hay en él cosas dichas de un modo muy directo, pero nunca con estridencia ni afán de confrontación. Aboga continuamente por el diálogo.

A. P.: El núcleo de *El amor todo lo espera* consistió en mostrar que es posible una revitalización de la esperanza para Cuba, a través del camino del diálogo en el

amor. Sólo vivos podremos seguir intentando ser mejores, sólo con la esperanza en que esa meta es posible podemos enfrentar todas las dificultades, mayores o menores, que aparezcan en el camino; sólo mediante el diálogo que nos permite enriquecernos unos a otros y aprender de nuestros errores podremos unirnos en un proyecto común, y sólo desde el amor podremos estar seguros de que nuestro camino se dirige al bien para todos. Vida, esperanza, diálogo y amor son los anhelos profundos de todo ser humano en todo momento, trascienden la Historia o más bien la impulsan a su último destino. Cuba necesitará siempre ese optimismo radical que venza el miedo y la desesperanza. Sólo así se podrá conquistar toda la justicia. Esa confianza sólo la podrá dar el amor, que es siempre vigente y todo lo espera.

La metodología a seguir era tan simple como compleja: el diálogo nacional entre todos los cubanos, tanto dentro como fuera del país

L. G.: Muchas de las propuestas y análisis realizadas por los Obispos en la Carta Pastoral quedaron circunscritas a la problemática que vivía el país en el año 1993. Sin embargo, hay un elemento en *El amor todo lo espera* que sigue teniendo plena vigencia y es, en buena medida, el factor que le dio y le da realce histórico al pronunciamiento episcopal. Me refiero a la necesidad del diálogo nacional.

En aquel entonces, cuando muchos apostaban por el "efecto dominó", es decir, por la implosión y derrumbe del gobierno, después de la caída sucesiva de los regímenes sociales de Europa oriental, este aspecto del documento episcopal fue muy mal interpretado. Curiosamente, estoy convencido de que en él reside el núcleo profético de la Carta. El diálogo al que llamaban los Obispos no estaba relacionado -como se quiso hacer ver en la prensa de aquel entonces- con una mesa donde se sentaran entidades políticas a repartirse cuotas de poder o carteras ministeriales. Como si la jerarquía católica esbozara las reglas del juego en un futuro gobierno de transición. Aquel diálogo miraba a un nivel más alto y, a su vez, más profundo: tenía que ver con la búsqueda de consensos entre grupos de cubanos con maneras distintas

de entender el ordenamiento social desde tradiciones de pensamiento enraizadas en la historia del país desde hacía siglos. Son sectores de la nación que llevan el deseo de servir a Cuba clavado en el corazón. La escisión radical, sin términos medios, entre estos grupos de cubanos con modos diversos de “soñar” lo que el país debe ser, ha sido, en esencia, el trauma profundo de la nación cubana.

Por otra parte, el llamado al diálogo no tuvo tras sí el deseo de insertar de manera forzada una cuña política en medio de aquel contexto. Pienso, más bien, que se trató de un acto de patriotismo y de sentido común. La Iglesia sabía que el futuro de Cuba pasaba en aquel entonces -y sigue pasando hoy- por la necesidad de acoplar al cuerpo de la nación las racionalidades, imaginarios y repertorios simbólicos propios de esos grupos de cubanos. Marxistas, católicos y liberales -por nombrar grosso modo a estas “familias” nacionales- estamos llamados a aportar a Cuba lo mejor de nosotros, sin radicalismos excluyentes, ni idealizaciones de ninguna índole. Creo firmemente que la construcción de la Casa Cuba -esa bella metáfora dibujada mil veces por la prosa del padre Carlos Manuel de Céspedes y será siempre el umbral político más equilibrado hacia donde tenemos la responsabilidad de enrumbar nuestros pasos los cubanos. Sin interferencias foráneas.

La década de los '90, con sus cambios aciclonados, le trajo a Cuba la articulación de espacios desde donde cada uno de estos sectores -dentro y fuera de Cuba- comenzó a tratar de incidir en el futuro del país. Quizás la primera señal del despliegue en Cuba de un pensamiento liberal rearticulado lo constituye la importante polémica entre el joven historiador Rafael Rojas y el poeta Cintio Vitier en las páginas de la revista Casa de las Américas. Aquel debate -que tuvo como centro ese texto angular que es Ese sol del mundo moral- encarnó un simbolismo mayúsculo: anunciaba el inicio de una era nacional marcada por el forcejeo entre esos grupos de cubanos.

Desgraciadamente, la interacción entre estas corrientes de pensamiento no se ha dado en clave de diálogo e integración, sino que, encerradas en sí mismas producto de coyunturas políticas y mezquindades humanas, hemos asistido al atrincheramiento y a la fractura del campo intelectual cubano. El rastreo minucioso en el tiempo de los enfoques editoriales y rutinas productivas de los sitios web La Jiribilla y Encuentro en la Red, ilustran con dra-

matismo la historia reciente de este desencuentro entre sectores de la nación que no se reconocen como actores legítimos.

La intención de la Iglesia ha sido sustituir la dialéctica confrontacional por otra de la fraternidad y la acogida entre los cubanos mediante el diálogo.

el llamado hecho por los Obispos en la Carta Pastoral del año 1993. La necesidad de un diálogo nacional con estas coordenadas (las de la integración y la síntesis) sigue interpelando hoy a los actores sociales y a la clase política cubana. Constituye un proyecto que tiene como centro la redención nacional.

9-El país se encuentra atravesando una compleja situación socio-política. ¿Cómo es, en este contexto especial, la relación de la Iglesia con la sociedad y con las autoridades de la Isla?

G. A.: En realidad la pregunta debería referirse a “las relaciones” y no a “la relación”, porque hay que considerar por separado las dos que se mencionan. Nunca ha habido una relación conflictiva entre la Iglesia y la sociedad cubana como tal, mientras que sí se han dado conflictos entre la Iglesia y las autoridades. La relación con la sociedad se mantiene tan buena como de costumbre, como demuestra la alta consideración que tiene el pueblo por la jerarquía católica, el clero, los religiosos y religiosas y los creyentes, reconocidos en general en Cuba como personas de bien y consecuentemente apreciados y respetados. Este aprecio se refuerza cuando la población tiene ocasión de constatar la cer-

No quiero dejar de apuntar que la propuesta de diálogo nacional más acabada nos la dio el papa Juan Pablo II en su discurso del Aula Magna de la Universidad de La Habana, cuando hizo un llamado a los intelectuales para encontrar una síntesis donde todos los cubanos nos sintiéramos identificados. De esta manera, el pontífice actualizaba

canía y el compromiso de la Iglesia con ellos en los momentos difíciles. En cuanto a las relaciones con las autoridades, durante estos últimos años han experimentado una indudable mejoría. En la medida en que quede cada vez más claro para todos que la Iglesia busca los espacios que legítimamente le corresponden para poder ejercer su misión, y no posiciones de poder o influencia política (que es a mi entender la lectura errónea que en ocasiones se ha hecho de algunas actuaciones o pronunciamientos de la jerarquía), esas relaciones pueden continuar mejorando.

A. P.: En los últimos años la Iglesia ha ampliado y profundizado sus relaciones con la sociedad en su conjunto. Se ha venido desarrollando un importante diálogo en diferentes áreas: cultural, científica, académica, que

**...me atrevo a decir
que la Iglesia cubana
necesita una teología
de la reconciliación,
que cumpla la doble
función de estremecer
los corazones y
propiciar el
reencuentro entre
los cubanos divididos.**

ha dado importantes frutos de colaboración. El incremento, en cantidad y calidad, de las publicaciones católicas ha permitido una mayor difusión de la voz de la Iglesia en los más variados aspectos del saber humano, y estas posiciones ya se conocen y discuten a distintos niveles. Algunos ejemplos pueden ilustrar lo hasta aquí dicho: la labor de Cáritas Cuba a favor de los necesitados y afectados por eventos meteorológicos, la participación de SIGNIS Cuba en el mundo audiovisual del país, la gestión académica del Centro de Bioética Juan Pablo II y los variados encuentros con la comunidad científica en el debate ciencia-fe, entre otros.

Con las autoridades, es posible notar una mayor comprensión mutua de las propias responsabilidades y alcances. Ciertamente, falta mucho aún por avanzar en este aspecto en temas todavía de gran dificultad en la agenda, pero pienso que ha habido un progreso incuestionable.

L. G.: La histórica reforma constitucional del año

1992 liquidó políticamente el ateísmo estructural. Este hecho marcó el comienzo de una manera renovada de interacción entre el sistema político, la Iglesia Católica y la sociedad cubana. Hablo de un intercambio que se ha dado a todos los niveles del entramado social, no sólo al nivel de la Conferencia Episcopal y la Oficina de Asuntos Religiosos del Comité Central del PCC. En los 90 la Iglesia pudo recuperar espacios sociales en los que había trabajado históricamente en Cuba. Pienso, por ejemplo, en las redes de asistencia social articuladas por Cáritas Cuba, en el trabajo en los ámbitos de la bioética o el audiovisual, así como en las informales publicaciones periódicas y en los modestos espacios educativos complementarios. Por solo citar algunos.

Estas realidades, por fuerza mayor, descentralizaron el diálogo al nivel de las élites y lo llevaron, incluso, hasta la gestión negociadora con las autoridades en los municipios y barrios. La visita del Santo Padre Juan Pablo II sirvió de catalizador de este proceso que lentamente se había ido gestando: se tradujo en un reforzamiento de la capacidad socializadora de todas las entidades religiosas, no solo de la Iglesia Católica. Muchas veces no nos percatamos que en este sentido el cambio -en comparación con una década atrás- ha sido sustancial en el país, aunque el camino por recorrer aun es largo. En mi opinión, los vínculos heterogéneos que actualmente posee la Iglesia Católica con la sociedad cubana son robustos y gozan de buena salud. En nuestro país no existe un laicismo empedernido -como en algunos países de Europa- y tengo la impresión de que la Iglesia Católica es apreciada y respetada por un espectro amplio de los cubanos.

En cuanto a las relaciones entre la Iglesia y los estamentos del sistema político estas han tenido como centro el gran reto de negociar los márgenes que establece nuestra condición de Estado laico. Es un camino largo, en zigzag, lleno de escollos, donde ambas partes se han ido conociendo mutuamente. En el pasado estos espacios que pudo implementar la Iglesia fueron asumidos por el gobierno en clave de competencia. Se seguía de cerca todo lo que hacía la Iglesia para luego hacer algo que lo superara, pienso en los comedores para ancianos, por ejemplo. Creo que esa visión de la Iglesia Católica como un "Estado paralelo" con el que hay que competir y emular, como si se tratase de dos fuerzas políticas en pugna, se ha ido atenuando lentamente. En la actualidad las posibilidades de diálogo entre las partes se han incrementado, incluso se han dado pasos positivos en áreas que resultan claves para que la Iglesia pue-

La histórica reforma constitucional del año 1992 liquidó políticamente el ateísmo estructural. Este hecho marcó el comienzo de una manera renovada de interacción entre el sistema político, la Iglesia Católica y la sociedad cubana.

da ejercer su misión. En otras áreas, como los medios de comunicación y el acceso a espacios institucionales de educación, aun hay que trabajar. Desgraciadamente constituyen un anhelo postergado.

10-¿Cómo suponen los panelistas que sea la participación de la Iglesia en el futuro de Cuba?

G. A.: Puedo decirte que quisiera que esa participación fuera desde una humilde actitud de servicio, porque los cristianos somos depositarios de un tesoro que debemos y podemos transmitir, pero somos apenas los recipientes de barro en que se conserva ese tesoro de la Fe.

A. P.: El futuro sin dudas presentará grandes desafíos para la Iglesia, que deberá reflexionar continuamente en el modo de continuar su misión en medio de un contexto que será más plural. La inevitable emergencia de nuevos grupos sociales, el incremento de la oferta de modelos de vida y esquemas de valores, más cercanos o muy lejanos a lo que la Iglesia propone, y el surgimiento de nuevas alternativas impondrá una renovación de las estructuras y métodos eclesiales, para lo cual serán imprescindibles el correcto uso de las posibilidades y espacios que también se obtendrán. Sin embargo, pienso que un elemento fundamental será el cuidado de no ceder a tantas posibles tentaciones. La Iglesia no deberá pretender un poder que le es ajeno ni deberá asumir una visión defensiva en su acción. Para esto será necesaria en primer lugar la preparación de los agentes pastorales y de todos los bautizados,

en los novedosos métodos que se necesitarán.

En resumen, pienso que la autenticidad en su propia naturaleza, fines y misión es lo que le permitirá a la Iglesia participar activamente en la ingente obra de reconciliación nacional a la que nos reta el futuro de Cuba. En este escenario, la Iglesia deberá entregarse completamente a su misión, sin estériles eficientismos ni sobresaltos, quizás con toda su fragilidad, pero con fidelidad y esperanza. Será difícil la tarea, pero no tanto si todos en la Iglesia comprendemos que, por más que nos cueste aceptarlo muchas veces, sólo en Dios está nuestra esperanza, nuestro auxilio en las debilidades. El resto lo dirá la Historia... y la Historia está en Sus manos.

L. G.: Hablar sobre cómo será la participación de la Iglesia Católica en el futuro de nuestra patria podría ser un ejercicio arriesgado, pues nos llevaría necesariamente a especular sobre cómo sería ese futuro y sobre los roles multifuncionales que podría desarrollar la Iglesia en dicho contexto. Ambos destinos -el de Cuba y el de la Iglesia- se entrelazan irremediamente en una urdimbre de incertidumbres, esperanzas y sueños por alcanzar. Es por eso que juzgo más oportuno enfocar esa participación "en el mañana" desde el abordaje de los retos de nuestro presente. En la medida que logre dar respuesta a ellos hoy, logrará garantizar su participación en el futuro del país.

En el caso cubano, los retos eclesiales pasan por la gestión evangelizadora que está llamada a encauzar la Iglesia en medio de los cambios socioculturales que de manera acelerada tienen lugar hoy en la sociedad cubana, y además, por el acompañamiento a nuestro pueblo en medio del peculiar momento histórico que vive el país -de transición en el socialismo le ha llamado la revista Temas. Para la Iglesia no se trata de dos escalas de desafíos diferentes, sino de una única, equiparable bajo el manto del servicio integral a la comunidad humana desde las coordenadas de nuestra fe católica, y desde la diversidad de dones y carismas de sus hijos. Esa participación de la Iglesia no debe llevar a nadie a pensar que se pretende articular una estrategia de reproducción sociológica o política para conquistar espacios perdidos.

Llevar adelante la misión evangelizadora en la hora actual nos lleva, necesariamente, a buscar los "signos de los tiempos", a poner la mirada en la realidad social que nos circunda. Pongo un ejemplo. Hace apenas 10 años, un joven como yo debía esperar a que una amiga viajara al extranjero para poder leer un ejemplar de las revistas Time, Proceso o Newsweek, que luego pasaba a manos de

otros amigos. Traigo esta anécdota a colación para ilustrar cómo en el presente los flujos de comunicación se han acelerado a tal punto, que en cuestión de segundos un cubano con acceso a Internet puede enviar por email a toda su libreta de direcciones una noticia determinada, y esta propagarse a la velocidad de un rayo. O captar una señal de satélite, digitalizarla, y en apenas unas horas propagarla en una memoria flash.

La proliferación de las nuevas tecnologías de reproducción digital abre, hasta límites insospechados, nuevos espacios de interacción cultural y política, donde una parte de los cubanos accede a las ofertas culturales del mercado global, incluyendo a las producidas por las "diásporas cubanas". La sociedad cubana se ha hecho más heterogénea,

Creo firmemente que la construcción de la Casa Cuba -esa bella metáfora dibujada mil veces por la prosa del padre Carlos Manuel de Céspedes- es y será siempre el umbral político más equilibrado hacia donde tenemos la responsabilidad de enrumbar nuestros pasos los cubanos.

diversa y abierta a la "otredad". No solo por el ascenso de sujetos sociales con maneras distintas de afrontar la vida y de relacionarse entre sí; sino, además, por los usos culturales que dichos sujetos y grupos hacen de estas tecnologías, produciendo nuevos discursos e imaginarios en el escenario nacional. Estas nuevas realidades poseen una poderosa carga democratizadora que remueve los cimientos de los sistemas comunicativos tradicionales del país, donde son vulnerados tanto el sistema institucional de medios de comunicación en manos del Estado, como la red de publicaciones que pudo articular la Iglesia en la década de los 90.

Saber captar este cambio de época, con su vertiginosa fuerza subversiva en todos los órdenes y niveles, cons-

tituye un reto apremiante tanto para la actual clase política cubana, como para la Iglesia Católica. En la hora actual, es necesario readecuar estos espacios eclesiales y, además, crear nuestras estructuras pastorales para hacer frente a los nuevos tiempos. La formación y articulación del laicado católico sigue siendo el principal reto del presente. Necesitamos de creatividad pastoral para asimilar el inmenso potencial humano que hay en nuestras comunidades. Existe toda una generación de católicos cubanos que comienza a crecer al calor de la reforma constitucional de 1992, y a los que nadie les impidió acceder a las instituciones universitarias, y a las carreras de ciencias sociales. Le corresponde a la Iglesia crear los espacios para que estas personas se articulen. He dicho en otras ocasiones que quizás nos venga faltando desde hace tiempo un espacio cultural católico que cumpla la triple función de ser fuente de referencia y aglutinador, promover la formación espiritual e intelectual del laicado y potenciar, a su vez, el diálogo de frontera con la intelectualidad.

A estos cambios culturales importantes debemos sumar, en mediano plazo, el hecho capital y natural del traspaso generacional en la conducción política de los destinos del país. En tal contexto, el futuro de Cuba debería pasar por la búsqueda de una sociabilidad política nacional donde toda esta heterogeneidad social de la que hemos hablado halle espacio en un modelo político que tenga como centro la integración.

¿Cuál podría ser el aporte de la Iglesia en este proceso? ¿Con qué medios cuenta para semejante faena? La Iglesia Católica -en Cuba y en cualquier parte del mundo- tiene una misión por excelencia que cumplir: hacer inolvidable a Jesucristo entre los hombres. Como nos recuerda ese gran hombre que fue el papa Pablo VI, ella es un Misterio, una realidad profunda traspasada por la Gracia: hoy y siempre dará testimonio de que Jesús es la revelación de Dios como amor gratuito, misericordioso, que quiere dar vida en plenitud a todos los hombres. La Iglesia, que desde hace 500 años acompaña a este pueblo en su bregar por la historia, está llamada a ser imagen de Jesús en este momento crucial, tratando de humanizar las relaciones sociales mediante la transformación del corazón del ser humano. Todos los medios con que cuenta están y estarán enfocados a cumplir esta misión: es ese, y no otro, su mayor servicio a la patria.

Pienso, además, que la Iglesia Católica tiene la responsabilidad histórica de contribuir a sanar las heridas entre los hijos de esa misma Madre que es Cuba. Algunos ven con suspicacia que la Iglesia se manifieste sobre el tema de la reconciliación entre cubanos, como si pre-

tendiese "insertar" un punto en la agenda de la nación para ganar relevancia como mediadora política. Gracias a Dios, parece que cada día son más reducidos los sectores que no reconocen la necesidad de emprender el camino del reencuentro nacional y que perciben una intención malsana en lo propuesto por la Iglesia. En ese sentido, tengo entendido que la homilía del cardenal Jaime Ortega el pasado primero de enero en la que hacía mención a este tema, además de ser acogida con aclamaciones por los que estábamos en la Catedral habanera, recibió el beneplácito de importantes y diversos sectores de la nación.

Nos queda ahora, como Iglesia, el reto monumental de llevar el espíritu de esta homilía histórica al trabajo pastoral: a las charlas parroquiales, a los grupos de adolescentes y jóvenes, a la catequesis, a las publicaciones y a las homilías de los domingos. Incluso me atrevo a decir que la Iglesia cubana necesita una teología de la reconciliación, que cumpla la doble función de estremecer los corazones y propiciar el reencuentro entre los cubanos divididos. Como bien expresó nuestro Arzobispo aquella tarde memorable, no se trata de reconciliar criterios políticos ni ideológicos, sino de acercar a los seres humanos, de afianzar lazos afectivos interpersonales.

En ocasiones tengo la impresión que en un número importante de nuestros hermanos no existe conciencia del cambio de época que vivimos. Me

llamó poderosamente la atención cómo en nuestro último Plan Pastoral -tan exquisitamente centrado en el eje capital de estos tiempos: la espiritualidad- se cercenara el necesario marco contextual, y se agregara en su defecto una nota donde se exhortaba a los agentes de pastoral a analizar la realidad "de manera individual". Es importante que como Iglesia (quizás en pequeños grupos de sacerdotes, religiosas y laicos en las comunidades) analicemos los retos que tenemos como pueblo de Dios en esta hora crucial que vive Cuba. Quizás sea el tiempo de revivir el espíritu participativo del ENEC, y hacer que nuestras comunidades, en un proceso

nacional, vibren al analizar nuestra realidad. Así, entre todos, trazáramos las sendas que como Iglesia debemos transitar en el futuro.



...el futuro de Cuba debería pasar por la búsqueda de una sociabilidad política nacional donde toda esta heterogeneidad social de la que hemos hablado halle espacio en un modelo político que tenga como centro la integración.

Obispos cubanos que suscribieron la Carta Pastoral *El amor todo lo espera*, junto al papa Juan Pablo II.

